

Maldita corrupción

Por: Pedro Trujillo

Es imposible desayunar un día sin que tengamos que bajar la vista vergonzosamente y reflexionar sobre la corrupción. El tema ha pasado de ser criminalmente perseguible, a preocupantemente sanitario. Duele el estómago, el hígado se hincha, el espíritu se encoleriza y la dignidad provoca una suerte de léxico que termina por aflorar entre dientes y se acuerda de todos los malditos corruptos, y de sus madres.

Algunos funcionarios públicos son una auténtica vergüenza para el país, para la política y para el colectivo humano. Roban y despilfarran con desvergüenza y con la cara dura propia del pícaro medieval, pero sin la gracia de aquel. Nada les importa, se mofan, se burlan y nos tratan de bobos. Dos ex presidentes del Congreso cuestionados que ponen cara de circunstancia como si con ellos no fuera el tema del desvío de fondos públicos. ¿Se conducirán con ese grado de aparente estupidez en sus empresas privadas y sus finanzas particulares? ¿Dejarán que otros las manejen como lo han permitido con esos fondos? Dos ex presidentes de la república huidos con cientos de millones sustraídos. Uno se los peló cash y otro a través de transferencias de dependencias estatales y ministros allegados. Los menos, purgan sus crímenes en cárceles donde todo se compra o se vende. El MP parece apartar la vista de ciertas causas, cuando no las pierde, extravía o sencillamente no avanza en la investigación. Los diputados se asombran de lo que ocurre y rasgan sus levitas: ¿a qué se dedicarán si no se enteran de lo que pasa en su lugar de trabajo? ¿O sí? Por último, el presidente de turno, hace como el mico: no ve, no oye, no habla y seguimos sin saber qué pasó con el pisto desviado a su sobrina política —exitosa empresaria juvenil—, los alcaldes de su partido que distrajeron fondos municipales, los que se recetan altas comisiones, los ministros que usan trucos para el reparto de fertilizante, los que prorrogan interesadamente los contratos de provisión de medicinas, los fideicomisos, los funcionarios de ciertas secretarías que promueven el nepotismo, el cheque de Q500 mil que cobró la UNE pero que no lo cobró, el dispendio en gastos sociales, las ONG que malversan, los inspectores de trabajo que sobornan, los funcionarios de migración y aduanas que cobran indebidamente, personeros del IGSS que se autorrecetan pensiones fantasmas y así sucesivamente. No nos engañemos. ¿Cuántos financistas y amigos quedan todavía por contentar?

Corrupción en la política, en las escuelas que certifican a hijos de sindicalistas, en la universidad que expide títulos y paraliza la investigación, en los juzgados donde las causas se pierden o los que tienen que notificar cobran por no hacerlo, en el Policía que te hace el alto y se despacha algunos quetzalitos, en aquellos a quienes “se les olvida” entregar la factura del consumo realizado, en los que acreditan miles de quetzales de combustible en un solo día o en los que copian tarjetas de crédito. Corrupción maldita en los que ocupan puestos públicos y pretenden robar los días que llegan a trabajar, en los que venden prebendas, en quienes predicán un discurso y aplican otro diferente, en aquellos que dicen amar a su país pero realmente les importa un bledo, en quienes ponen su mano en el corazón para cantar el himno nacional y están pensando cómo joder al prójimo, en los que paralizan la ciudad con reclamos “pacíficos y sociales”. Maldita la corrupción que nos hunde, nos humilla, nos envuelve y nos coloca en la cola del progreso.